



Abril 1 de 2026

LA INFLACIÓN NO PERDONA

Por Andrés Charry (*)
andres.charry@mission.com.co

La inflación no es un simple número en un informe del DANE. Es un impuesto oculto, el más regresivo de todos, que castiga con especial saña a quienes viven del salario, del ahorro y de la pensión. Cuando los precios suben de forma persistente, cada peso que guardamos en el bolsillo o en el banco pierde valor día tras día, sin que nadie nos lo avise con una factura. **El café que ayer costaba 4.000 pesos hoy vale 5.500; el arriendo que parecía manejable se vuelve una carga imposible; el salario mínimo, aunque suba en el papel, compra menos leche, menos arroz y menos transporte.**

Ese es el verdadero rostro de la inflación descontrolada: la erosión silenciosa del poder adquisitivo. **No distingue entre ricos y pobres, pero golpea con más fuerza a los que menos tienen.** En economías como la nuestra, donde la mayoría de la población vive al día o con ingresos fijos, la inflación se convierte en un mecanismo que transfiere riqueza de los trabajadores y los ahorradores hacia el Estado y los deudores privilegiados. Históricamente, cuando se deja correr sin control —como ocurrió en Venezuela, Argentina o en la Alemania de los años 20— termina destruyendo no solo el bolsillo, sino la confianza en las instituciones y en el futuro mismo del país. Por eso frenar la inflación no es una opción técnica: es una cuestión de justicia social y de estabilidad democrática. Ante cualquier señal de que puede desbocarse, el Banco Central debe actuar con determinación, aunque duela en el corto plazo.

Ayer, el Banco de la República dio un paso firme en esa dirección al subir la tasa de intervención en 100 puntos básicos. La decisión no fue caprichosa. Los técnicos del Emisor miraron el horizonte y vieron nubarrones: **inflación que se resiste a bajar al rango meta, expectativas de los agentes económicos todavía ancladas al alza y una economía que, aunque crece, muestra desequilibrios fiscales preocupantes.** Subir la tasa es la forma que tiene el Banco de decir “aquí paramos la fiesta antes de que se convierta en orgía de precios”. Es una medida dura —encarece el crédito y puede frenar la inversión—, pero es la medicina amarga que evita un daño mucho mayor.

Lamentablemente, el Gobierno nacional ha optado por vender una narrativa completamente desligada de su propia responsabilidad. **Insiste en que la inflación es un fenómeno “importado” o culpa de “los bancos y los especuladores”,** mientras omite que su política fiscal ha sido uno de los principales motores del problema. La emisión de deuda desbordada para financiar gasto corriente, los aumentos sucesivos y por encima de la productividad del salario mínimo y el mensaje constante de que “el dinero público no se acaba” han generado una presión de demanda que el aparato productivo no ha podido absorber sin subir precios.

Cuando el Estado gasta más de lo que recauda y financia ese hueco con deuda que luego el Banco de la República debe esterilizar, el resultado inevitable es mayor inflación. Cuando se sube el salario mínimo por decreto sin que la productividad acompañe, las empresas trasladan ese costo a los precios. Son hechos económicos básicos, no opiniones. Sin embargo, el relato oficial prefiere señalar al Emisor y a la banca privada como los “culpables” de que la gente sienta el costo de vida más alto. Es una estrategia clásica: trasladar la responsabilidad y polarizar el debate.

No caigamos en ese juego de falsas narrativas.

Quienes hoy intentan hacer creer que la decisión del Banco de la República “favorece a los bancos” están simplemente distrayendo la atención del verdadero origen del problema: la política fiscal expansiva y poco responsable que este Gobierno ha mantenido. **Los bancos no crean inflación; la sufren como cualquier ciudadano cuando sus captaciones se devalúan.** El verdadero favorecido de una inflación alta es el deudor neto más grande del país: el Estado.

Y aquí viene el riesgo que no podemos ignorar en las próximas semanas. Aunque el dólar se

mantenga relativamente bajo (gracias, entre otras cosas, a los ingresos petroleros), el precio del petróleo se ha instalado por encima de los 90 dólares por barril de forma recurrente. Ese petróleo caro, lejos de ser solo buena noticia, alimenta presiones inflacionarias internas: mayores ingresos fiscales que el Gobierno puede gastar, costos de transporte y energía que se trasladan a toda la cadena productiva, y una tentación aún mayor de aumentar el gasto público sin control.

La pérdida de poder adquisitivo no se mide con el precio del dólar ni con el barril de petróleo: se mide con la inflación.

Mientras el IPC siga por encima de la meta, cada familia colombiana estará más pobre, aunque el peso luzca “fuerte” frente al dólar y el petróleo esté caro. El Banco de la República lo sabe y por eso actuó. La ciudadanía también debe saberlo: la estabilidad de precios no es un lujo de tecnócratas, es la base mínima para que el salario, el ahorro y la inversión tengan sentido.

Cualquier narrativa que intente ocultar esa verdad solo busca ganar tiempo político a costa del bolsillo de todos.

No nos dejemos engañar. La inflación no perdona. Y quien la tolera, traiciona a los que menos tienen.

(*) Ex corredor de bolsa, analista económico y asesor de inversiones, más de 24 años en el sector financiero.

Nota: Este artículo, tiene el objetivo de dar a conocer la opinión del autor y no pretende, ni debe ser tomado como recomendaciones de inversión